

# LAS DOS CARAS DEL MILAGRO

## 2. LA CIVILIZACION DEL AZUCAR

El segundo gran ciclo económico de la historia brasileña gira alrededor de un producto que se convirtió en el símbolo de una cultura. Introducido originalmente en el Sur por inmigrantes portugueses procedentes de las Azores, ese producto encontró, sin embargo, su lugar geográfico idóneo a más de dos mil kilómetros de distancia, en las costas tropicales del Nordeste. Bahía, Pernambuco y los pequeños Estados de Sergipe y Alagoas serían durante un siglo los centros neurálgicos de la economía brasileña. Allí comienza de hecho la historia del Brasil. Y allí nace también uno de los componentes principales de la cultura brasileña. Componente sincrónico que necesitó un siglo para afianzarse. Pero que luego, cuando el producto que lo originó entró en decadencia, siguió conservando un lugar privilegiado en la configuración ideológica del brasileño.

El XVII es el gran siglo del azúcar. Su producción, fundada sobre tres pilares: esclavitud, latifundio y monocultivo, originó, entre otras cosas, la aparición de un elemento racial y étnico nuevo. Elemento que, al fundirse con el europeo y, en menor escala, con el indio, creó, de hecho, una nueva unidad cultural: la brasileña (o mejor: la brasileña de la mitad Norte, pues el Sur del Brasil sufriría una evolución radicalmente distinta y no entraría en contacto con dicho elemento hasta el siglo XIX).

A la aparición de este elemento contribuyó la escasez y precariedad de la mano de obra indígena, acostumbrada a una vida nómada y sin recursos ideológicos para adaptarse a un tipo de trabajo duro y regular. Los ensayos en este sentido se habían demostrado desastrosos y habían terminado casi siempre —como en otros lugares del hemisferio— con el exterminio de la fuerza de trabajo. Por otra parte, los colonos portugueses tropezaban con la Iglesia —y principalmente con los jesuitas—, que intentaba un proceso gradual de adaptación del indio al modo de vida europeo. Ante esta situación, los colonos blancos decidieron explotar el filón africano. En el siglo XVII se inicia, pues, la inmigración forzosa de esclavos negros, cuya afluencia a tierras americanas sería ininterrumpida a lo largo de trescientos años.

Con la llegada de los africanos ya estaban en juego todos los elementos necesarios para la repre-

sentación. Y la escena cobró movimiento. Se trataba de un drama de carácter rural, lo que le diferenciaba radicalmente de los otros dramas que se representaban en los restantes lugares del continente. El latifundista vivía en el ingenio y sólo iba a la ciudad para las ceremonias religiosas y las reuniones de la municipalidad. Aparecieron ciudades —algunas de gran importancia, como Salvador de Bahía,

extendirse a las hijas y mujeres de éstos, se impregnaba de erotismo. Sin mujer blanca, el patriarca se unía a las africanas y de esta unión comenzaba a surgir una nueva especie humana —el mulato— destinada a convertirse en el componente racial más numeroso del Brasil moderno.

A la unión interracial contribuyó el designio universalista-medieval de la Iglesia católica, opuesto al

blancas, pero el patriarca se resistió a prescindir de su harén, de modo que aquéllas —las portuguesas— tuvieron que aceptar, a cambio de su legitimidad, compartir el lecho de su esposo con una profusión de concubinas fijas u ocasionales. Los hijos de estas uniones extramatrimoniales eran educados junto con los hijos legítimos, quienes, a su vez, mamaban de las nodrizas negras elementos culturales africanos: mitos, leyendas y elementos folklóricos en general, que terminarían fundiéndose con el folklore y el paganismo cristianos, dando origen a las unidades sincréticas más increíbles del universo: la macumba, las congadas (en donde las rivalidades étnicas africanas se transforman en luchas de cristianos contra paganos), el catimbo (ligada al culto del jurema —bebida alucinógena de origen indio—, pero con componentes cristianos y espiritistas), el batuque, etc.

Quizá sea la macumba el exponente más significativo del abigarrado sincretismo religioso brasileño. De hecho, ya el elemento africano es sincrético, es decir, fusión de dos cultos africanos distintos: el nagô (culto a los orixás

## Carlos Trías

capital del Brasil hasta el siglo XVIII—, pero la vida urbana en general nunca tuvo la importancia de la colonización española.

Alrededor de la casa solariega —la Casa Grande— fue reuniéndose una muchedumbre heterogénea compuesta de caboclos, esclavos procedentes de Angola, blancos pobres, etc. A veces eran hasta 200 ó 300 personas las que habitaban en estos asentamientos. El colono blanco, mezcla de señor feudal y patriarca bíblico, establecía generalmente una relación paternalista con sus esclavos y asalariados. Relación que, al

prejuicio nacionalista, puritano y racista de las iglesias protestantes. No obstante, de esto no hay que deducir conclusiones prematuras. La civilización portuguesa, como la española, también era profundamente racista. Los matrimonios interraciales, por ejemplo, fueron escasísimos, y la propia Iglesia recomendaba abstenerse de tomar como mujer legítima a las africanas. Pero, a diferencia de las colonizaciones holandesa e inglesa, desde el púlpito no se lanzaban anatemas sobre el pecado de contaminación de sangre.

Más tarde llegaron las mujeres



Aparecieron ciudades —algunas de gran importancia—, como Salvador de Bahía, capital del Brasil hasta el siglo XVIII. Las torres de las iglesias al fondo son características del barroco brasileño.



Gracias al café, el poder político pasa irremisiblemente del Norte al Sur. Durante la República, la oligarquía cafetera-industrial de Sao Paulo se repartió el poder con la oligarquía ganadero-minera de Minas-Gerais, situación que se mantendrá hasta nuestros días, aunque con una variante: ahora la hegemonía indiscutible la detenta la burguesía paulista.

divinidades iorubas) y el de los bantos (que adoraban a los muertos). A este elemento africano se añaden componentes indios (el uso ritual del tabaco, por ejemplo), cristianos (utilización del incienso, introducción del diablo, del arcángel San Miguel, de San Jorge) y, por último, espiritistas (el oficiante es un médium que va asumiendo sucesivamente distintas personalidades míticas). La noche de fin de año tuvo ocasión de asistir a uno de sus ritos: la celebración, en la playa de Copacabana, de la fiesta en honor de la Reina de los Mares. Toda la arena (más de cinco kilómetros de largo) se llenó de cirios encendidos, de pequeños altares con divinidades africanas, indias y católicas, de manjares y bebidas rituales, de grupos de hombres y mujeres vestidos de blanco que bailaban y cantaban al ritmo del tam-tam, invocando a Iemanjá, la Reina de los Mares, y a los demás dioses y santones del panteón macumbeiro. A veces, una vieja entraba en trance y se alejaba extasiada del grupo para bañarse ritualmente en el mar. A un lado, otra vieja, fumando una pipa, confesaba a largas colas de fieles de todas las razas. Más allá, un oficiante de la quimbanda (variante de la macumba ligada directamente a la magia negra), vestido de negro y rojo (como ministro de Exú, divinidad ioruba que en su contexto original es mensajero de los dioses, pero que la macumba

lo transforma en diablo), exorcizaba, arrojándole el humo de su puro invertido (es decir, con la parte encendida del puro en la boca), a una posesa que se contorneaba imitando con sus movimientos a una prostituta y emitiendo una risa diabólica. Pero lo más increíble es que todos estos ritos se realizaban a pocos metros de la fiesta profana, de modo que el sonido del tam-tam ritual terminaba mezclándose con el sonido de los bombos, tambores y demás instrumentos de percusión (latas, mesas, cajas de limpiabotas, etc.) que blandían o golpeaban los grupos de sambistas. Y aparecía la imagen del Caos, de un Caos total y liberador, que, sin embargo, encontraba al final un Logos en una especie de resaca común materializada pictóricamente en la Aurora, que barría con todo y hermanaba en la destrucción a lo sacro y lo profano. Y entonces, retrospectivamente, la contradicción que había originado aquella sensación de Caos se resolvía en un concepto: la Fiesta. Es decir, la explosión encauzada de las tensiones, para poder afrontar sin perecer (y, sobre todo, sin recurrir a esa especie de Fiesta Límite, incontrolable y absoluta, que es la Revolución) la tediosa cotidianeidad del antes y el después.

No obstante, a pesar del sincretismo, de la mezcla, de ese gran monumento a lo Híbrido que es en general la cultura brasileña, muchos ritos africanos han sobre-

vivido con increíble pureza. Uno de estos casos sería el **Candomblé**, practicado en Bahía, en el que, bajo una apariencia sincrética materializada en la correspondencia de las divinidades africanas con los santos y divinidades católicas (correspondencia que tiene su origen en los tiempos de la esclavitud y que respondía a la necesidad de camuflar las prácticas religiosas africanas para eludir la censura religioso-colonial), se conservan los mismos dioses, las mismas músicas, las mismas canciones y, en general, el mismo culto que al otro lado del océano. Es asombroso cómo han podido conservarse estos ritos, a lo largo de los siglos, en un medio adverso y teniendo que soportar la labor de zapa (cuando no la represión abierta) de la Iglesia católica. Pero lo cierto es que algunos de ellos se han conservado en un estado más puro que en la propia África, hasta el punto que muchos intelectuales africanos acuden al Brasil para rastrear en sus orígenes.

De todos modos, estas supervivencias no son la regla general, sino la excepción. Pues la regla es el sincretismo y, a veces, la superposición de motivos distintos. Como ejemplo de estas superposiciones, citaré una gran fiesta que se celebra todos los años en Bahía y a la que tuve ocasión de asistir: la fiesta en honor del "Senhor do Bonfim".

El acto central de esta fiesta es

el lavado ritual de la iglesia de Bonfim, realizado por viejas matronas bahianas que suben la pendiente del templo sosteniendo sobre sus cabezas grandes tinajas llenas de agua. Las matronas llevan vestidos blancos cubiertos de encajes, cuyo color brillante contrasta con el negro de la piel. La mayoría suben fumando puros o pipas. Al llegar al atrio de la iglesia (antes la ceremonia transcurría en el interior, pero el Vaticano terminó prohibiéndolo), comienzan a lavar los muros del templo.

Pues bien, este rito tiene dos orígenes distintos: uno es africano, y el otro —posterior— cristiano. Según un mito nagô, el viejo y venerable dios Oxalá —que corresponde al Senhor do Bonfim— fue una vez a visitar a su hijo Xangô, quien reinaba lejos de él, en el país de los iorubas. Al llegar a este reino, no fue reconocido por nadie, y confundido con un ladrón de caballos, tuvo que soportar un encierro de siete años en una mazmorra. Pasados estos años, y después de que el reino se viera azotado por todo tipo de calamidades, el hijo reconoce al padre y le ofrece un gran banquete, antes del cual le lava personalmente en señal de sumisión y desagravio. De modo que, al lavar la iglesia, se repite ritualmente aquel viejo acto de sumisión.

Pero junto a este mito nagô hay una leyenda cristiana, según la cual un combatiente brasileño de

## BRASIL

la guerra del Paraguay —sin duda conocedor, aunque sólo fuera a un nivel inconsciente, del viejo mito— prometió que, en el caso de regresar sano y salvo a su tierra, lavaríala cada año el atrio de la iglesia de Bonfim. Y así, mientras unos asisten al lavado creyendo que las matronas no hacen sino cumplir las promesas del portugués, los otros tienen presente en la mente la historia del bondadoso Oxalá.

África y Europa, pues, se fusionaron en Bahía. Allí, en los latifundios azucareros y a la sombra del feudalismo y la esclavitud, nació una cultura nueva que sintetizaba elementos míticos y folklóricos de dos (o tres) culturas distintas. Esta nueva cultura, con el correr de los años, se extendería por gran parte del país, a caballo de las corrientes migratorias. En algunos Estados —como Río de Janeiro— dicho componente híbrido se convertiría en dominante. En otros prevalecerían los valores blancos de la órbita paulista. Pero con el propio crecimiento industrial de Sao Paulo, la emigración masiva procedente del Nordeste terminaría por relacionar (aunque no fusionar) a esas dos civilizaciones —la bahiana y la paulista— tradicionalmente consideradas como contrapuestas. Hay quien dice que en Brasil existen actualmente dos países distintos: el Norte y el Sur. Yo no contradeciría este aserto, sino que lo matizaría. No, en Brasil no hay dos países distintos. Hay uno solo —el Sur— con una colonia: el Norte. Colonia que cumple una doble función: servir de terreno de inversión para las empresas sureñas (y para su representante principal: el Estado) y constituir un gigantesco Ejército de Reserva laboral para esas mismas empresas.

### 3. LA FIEBRE DEL ORO

Mientras en Bahía se desarrollaba la civilización del azúcar, en el Sur se aglutinaba una población fundamentalmente portuguesa que vivía en unas condiciones bastante precarias. Su falta de mano de obra —mal endémico del Brasil original— les llevaba a organizar verdaderas cacerías de indios por las llanuras y territorios selváticos del interior. Estas expediciones —cuyos miembros pasarían a la posteridad con el nombre de "bandeirantes"— fueron el factor decisivo de la expansión geográfica brasileña. La pequeña franja costera asignada a Portugal en el Tratado de Tordesillas, se amplió considerablemente. Poco a poco, los bandeirantes —antecesores de la clase empresarial paulista— fueron desplazando hacia el Este y hacia el Sur las fronteras de las zonas hispanas limítrofes, hasta configurar los límites del Brasil

moderno. Inicialmente, el blanco preferido de estos cazadores de esclavos eran las reducciones jesuíticas del Paraguay, donde encontraban una mano de obra preparada. Pero pronto esta fuente de fuerza laboral se agotó —debido, en parte, a los sistemas defensivos de las propias reducciones—, y los pasos de los bandeirantes se dirigieron hacia otros rumbos. En una de estas expediciones apareció la piedra filosofal. O mejor: el cerro filosofal, que encerraba en su interior un Eldorado real, con lingotes palpables y mesurables.

Esto ocurría a finales del siglo XVII, y supuso el inicio de un nuevo ciclo económico, que iba a originar la primera emigración masiva de portugueses al Nuevo Mundo. A la llamada del oro, hasta los más reticantes y desconfiados hicieron las maletas y se embarcaron en dirección a ese Potosí lusitano. Pero pronto comenzaron las diputas entre los descubridores

del filón —paulistas— y los recién llegados. Todo terminó en un baño de sangre —la Guerra dos Emboados—, que a su vez redundó en el triunfo de los metropolitanos y la separación del territorio recién valorizado de la órbita paulista. Así nace el Estado de Minas Gerais. Y mientras la zona de Sao Paulo sigue reducida a una economía agrícola y ganadera —destinada principalmente a alimentar a las inmensas cantidades de inmigrantes que acuden a la tierra prometida—, la aparición del mítico mineral tiene como consecuencia paradójica el florecimiento de la eterna rival: Río de Janeiro. Desde esta ciudad, situada en un enclave privilegiado, se comercializará el oro extraído a quinientos kilómetros de distancia. Y será aquí donde se hará presente por primera vez, atraída a su vez por el oro, la administración central de la metrópoli.

Río es, pues, un producto del

oro. En 1763 se traslada la capital a esta ciudad. Alrededor de la administración colonial se crea una vida cortesana que influirá poderosamente en la ideología del carioca. A ello contribuirá un hecho inesperado: en 1808, huyendo de la invasión napoleónica, la familia real portuguesa desembarca en la Bahía de Guanabara e instala su Corte en Río. Durante unos años, la capital del Brasil será también la capital del Imperio. Y cuando en 1821 el Regente don Juan se traslada a Lisboa a ocupar el trono, su hijo, don Pedro, anticipándose a un inevitable movimiento independentista —encabezado por una clase media de reciente formación que temía el restablecimiento del Pacto Colonial y que ya había manifestado este deseo emancipador en la rebelión de Tiradentes—, lanzó el famoso grito —"Independência ou Morte!"— y se proclama Emperador de Brasil.

Pero no hay que precipitar acontecimientos. Estamos todavía en pleno siglo XVIII. La extracción del oro adquiere proporciones gigantescas. A mediados de siglo, Ouro Preto y los demás centros mineros de la región producen el 80 por 100 del oro mundial. La colonia, sin embargo, no retiene nada —o casi nada— de esta producción. El oro es embarcado rápidamente hacia la metrópoli y se utiliza, entre otras cosas, para financiar la reconstrucción de Lisboa tras el legendario terremoto de 1755. Pero tampoco es Lisboa la última beneficiaria del negocio. Detrás de Portugal hay una potencia tutelar que precisamente necesita de este producto para un proyecto revolucionario de consecuencias imprevisibles. Mediante el Tratado de Methuen, suscrito entre Inglaterra y Portugal, ésta se comprometía a comprar en la Gran Bretaña sus productos textiles. Y así se cierra la parábola del oro: extraído en el Brasil, va pasando de mano en mano hasta convertirse en una de las principales fuentes de financiación de la revolución industrial.

En oposición al Nordeste, como hemos dicho, se crea en Minas Gerais una civilización urbana que tiene su prolongación en Río de Janeiro. Entre las clases altas —burguesía extractiva— y la masa de esclavos y asalariados aparecen los gérmenes de una clase media, formada por artesanos, profesionales y pequeños comerciantes. Con la vida ciudadana se desarrolla, por primera vez en el Brasil, una verdadera preocupación urbanística. Los elementos barrocos aislados del Norte se sintetizan aquí en verdaderos conjuntos equilibrados. Todo gira alrededor de la Plaza Mayor que, como sus homónimas españolas, se constituye en símbolo y centro



El siglo XVII es el gran siglo del azúcar. Su producción, fundada sobre tres pilares: esclavitud, latifundio y monocultivo, originó, entre otras cosas, la aparición de un elemento étnico nuevo. (En la foto, caboclo del sertão brasileño.)

radial del poder. Las iglesias proliferan. Y, sin embargo, no aparece un verdadero poder religioso. Se trata de una iglesia de cofradías. Es decir: de una sociedad controlada por sus propios accionistas (en este caso, los fieles). Cada raza o clase tiene su templo y su santo patrón (San Francisco, los blancos; Santa Ifigenia, los mulatos; San Benedito, los negros). Todos rivalizan entre sí en el embellecimiento de sus iglesias. El oro invade las paredes, sube a los altares, recubre los ídolos.

Pero con el oro ocurre lo mismo que con los demás productos hegemónicos del Brasil: surgen como una exhalación, llegan a un paroxismo, pero su esplendor está siempre contrastado por la noción de lo efímero. Con ello parece rendirse un homenaje a la ideología barroca, verdadero núcleo de irradiación de todo el arte brasileño. Lo inconsistente, lo que pasa y muere, el reino de las apariencias, el baile de máscaras, son las piedras angulares de estos ciclos económicos que originaron fabulosas riquezas y que se asentaron sobre la imagen naturalista de la esclavitud. Y el oro no podía ser una excepción. Sobre todo porque era un símbolo de esta misma ideología.

A fines del siglo XVIII se inicia el éxodo general. Las viejas ciudades se vacían, pero sus muros sobreviven a los habitantes, perdurando como símbolos de un pasado glorioso. Ouro Preto, en la actualidad, parece un lugar donde el tiempo se hubiera detenido. Y en los cerros de alrededor, como vestigios de la vieja rapacidad colonial, se advierten grietas profundas que poco a poco la vegetación va cubriendo.

Transcurrió la época del oro, pero la región, por obra y gracia de un subsuelo privilegiado, terminaría recuperando —aunque esta vez de un modo compartido— la vieja hegemonía económica. Apareció el hierro, y con él una gran profusión de minerales —manganeso, plata, platino, berilo, cristal de roca, bauxita, antimonio, níquel, zinc, cobalto, etc.—, que harían de este Estado —y, en especial, de su nueva capital, Belo Horizonte, ciudad que en setenta años pasó de la nada a tener un millón de habitantes— uno de los dos principales centros de poder del Brasil moderno. El otro, situado más hacia el Sur, no sería obra de los Nibelungos, sino de deidades relacionadas más bien con actividades agrícolas.

#### 4. DE LOS BANDEIRANTES AL CAFÉ

Con el café ocurrió también algo paradójico. Las primeras semillas no se plantaron en Sao Paulo, sino en los suburbios de Rio. Pero fue en Sao Paulo —y en los demás Estados del Sur— donde este cultivo adquirió proporciones



En el rito del candomblé, practicado en Bahía bajo una apariencia sincrética materializada en la correspondencia de las divinidades africanas con los santos y divinidades católicas, se conservan los mismos dioses, las mismas canciones y, en general, el mismo culto que al otro lado del océano. (Oxumaré, divinidad del Arco Iris.)

gigantescas. Gracias al café se consolida definitivamente la hegemonía política y económica de la región paulista. Y del café surgirán las grandes fortunas que posibilitarán el desarrollo industrial y demográfico de la capital de ese Estado.

La primera consecuencia que tuvo el cultivo del café en las provincias sureñas fue reproducir en esas latitudes —aunque con notables diferencias— la sociedad patriarcal del Nordeste. Las "fazendas" se constituyeron en réplicas de los ingenios nordestinos. Las propiedades pequeñas y medias dejaron paso al latifundio. Apareció la esclavitud como forma generalizada de prestación laboral, y comenzó el flujo de africanos. Al principio los traían directamente de África. Pero los tiempos eran difíciles para este tráfico —los barcos negreros tenían que eludir la vigilancia de las cañoneras inglesas—, y los "fazendeiros" paulistas tuvieron que buscar otras fuentes de suministro. En el Nordeste encontraron a una oligarquía dispuesta a la transacción (debido principalmente a sus temores —fundados— de una inminente abolición). Así fue como se inició la primera corriente migratoria de Norte a Sur.

Pero la esclavitud, como tenían los azucareros del Norte, tenía los días contados. En 1850 cesa definitivamente el tráfico negrero. En 1871 se decreta la "Lei do Ventre Livre", según la cual todos los nacidos a partir de la fecha serían

libres. Y el 13 de mayo de 1888, en vísperas de la proclamación de la República, se firma el decreto de abolición.

Con la supresión de la esclavitud, hay una desbandada general. Los africanos dejan las plantaciones y se dirigen hacia las ciudades, o bien desarrollan una economía de subsistencia en predios vacíos. En las plantaciones, esta mano de obra es sustituida por inmigrantes europeos. La esclavitud se transforma en trabajo asalariado.

Pero la economía brasileña sigue dependiendo de un solo producto, lo que puede tener consecuencias catastróficas. Así ocurre en 1929, cuando la crisis mundial del capitalismo genera un desmoronamiento del precio del café. Los latifundistas, ante el temor de la ruina, deciden vender muchas de sus propiedades e invertir el dinero de la operación en otros negocios más rentables. Se produce una masiva afluencia de capitales, procedentes del campo, a la ciudad. El proceso de industrialización se acelera. Y con el crecimiento de la industria, una nueva corriente migratoria del Norte comienza a penetrar en Sao Paulo. Esta corriente procede fundamentalmente del Nordeste y, en especial, del Sertão, donde cada sequía determina un nuevo éxodo general. La tierra de los cangaçeiros y de los santones queda atrás, con sus historias y leyendas mesiánicas. La "Terra sem Males", anunciada por una inmensa caterva de visionarios y ligada casi

siempre al advenimiento redentor de un mítico rey portugués, don Sebastião, adquiere en las lejanas zonas norteñas un nombre definido: Sao Paulo.

Gracias al café, el poder político pasa irremisiblemente del Norte al Sur. Durante la República, la oligarquía cafetero-industrial de Sao Paulo se repartirá el poder con la oligarquía ganadero-minera de Minas Gerais. Situación que, con el paréntesis de Getulio Vargas, seguirá manteniéndose hasta nuestros días, aunque con una variante: ahora la hegemonía indiscutible la detenta la burguesía paulista.

Hoy, en Sao Paulo, se concentra el 60 por 100 de la población industrial brasileña y el 51 por 100 de su población activa industrial. Su tasa de crecimiento demográfico es la más alta del mundo. Por eso adquiere una especial significación la frase que alguien dijo a propósito del Brasil: "Sao Paulo es una locomotora gigantesca que arrastra veinte vagones vacíos".

#### 5. LAS DOS CARAS DEL MILAGRO

Las agencias internacionales del mundo occidental nos acostumbran a hablar del Brasil como de un país en pleno progreso, con uno de los índices de crecimiento industrial más altos del mundo. Tras el milagro alemán, el milagro japonés y toda una serie de milagros menores y más castizos, el nuevo producto taumatúrgico que se vende en los mercados de Occidente es el milagro brasileño. Milagro que, lamentablemente, no tiene en cuenta al Zé Arigó, a la Reina de los Mares, a Exú ni a ninguna Virgen de Lourdes autóctona, sino que hace referencia a esa nueva religión del mundo moderno —el Desarrollo—, bajo cuya advocación se sitúan las más diversas sectas, que tienen en común un respeto reverencial por la divinidad.

Por ello, limitarse a recoger estadísticas para demostrar la validez de un sistema, de un programa o de un golpe, no pasa de ser un elemento de la propaganda. Casi todos los países del mundo "progresan", si por "progreso" se entiende el aumento de la producción. Y Brasil no es una excepción. Así, pues, las estadísticas no mientan. Pero lo que no dicen las estadísticas taumatúrgicas es cómo —y a qué precio— se materializa el milagro; cuáles son las clases beneficiadas por este aumento de la producción; qué intereses defiende el Estado embarcado en semejante desigmo "desarrollista"; qué medios utiliza, etcétera. Silencian, en resumen, todo aquello que pudiera desvirtuar la misma realidad del producto milagroso. Porque, en general, todo "milagro" económico tiene sus víctimas. Y, si el milagro en cuestión se realiza bajo el signo del



# SYBIL

Flora Rheta Schreiber

Historia verídica de una mujer  
poseída por 16 personalidades diferentes.

6.400.000

ejemplares vendidos

**BESTSELLER**

durante 6 meses  
en Estados Unidos y...  
¡sigue triunfando!



EDITORIAL  
POMAIRESA

Santiago de Chile / Buenos Aires / México  
Barcelona

## BRASIL

Capital, no hay que ser muy perspicaces para descubrir en qué apartado de la escala social se encuentran los perjudicados.

El supuesto milagro brasileño no es para todos. Es sólo para los elegidos. Y estos elegidos son los industriales paulistas, los inversores extranjeros, las oligarquías agrícola-ganaderas y, en menor escala, las capas medias.

Créditos a muy largo plazo y exención de impuestos para las empresas instaladas en territorio brasileño son los dos grandes reclamos. Y, a su conjuro, la inversión extranjera adquiere proporciones gigantescas. Transnacionales tan importantes como la Volkswagen y la Philips tienen sus principales fábricas mundiales en Sao Paulo. Se trata, como en España, de una inversión diversificada en cuanto al país de origen. Es decir: no sólo los norteamericanos invierten en Brasil. También lo hacen europeos y japoneses. Pero, como en España, esto no redundará en independencia política. Pues son precisamente los norteamericanos, como nación hegemónica, los encargados de proteger militarmente los intereses del capitalismo internacional en su conjunto.

Por otra parte, el Estado, que representa fundamentalmente los intereses de la burguesía industrial paulista y del capital occidental, se ha erigido en la fuente nacional más importante de acumulación. El es la principal empresa brasileña. Empresa que entra en el juego de los monopolios y llega a competir con ellos dentro y fuera de sus fronteras.

Capitalismo monopolista de Estado y desarrollo dependiente son, pues, los dos ejes económicos del proceso. Ejes que encuentran en el fascismo el manto político protector.

Y, sin embargo, fuera de los empresarios, hay otros beneficiarios del milagro. El crecimiento industrial ha originado una proliferación de pequeñas y medianas empresas subsidiarias, lo que, a su vez, ha ampliado la clase media. Esta clase, en su conjunto, se ha enriquecido considerablemente con el desarrollo económico, y su hipotético descontento político es acallado, a nivel material-ideológico, con un acceso masivo a los bienes del consumo.

Pero aquí se acaba el milagro. La épica cede el paso al expresionismo. Debajo de la clase media, languidece un proletariado sobre-explotado y una ingente masa de lumpen que vive de las migajas del sistema. Los salarios son bajos (han de ser bajos para atraer capital extranjero). Y la inflación galopante —en el primer trimestre de este año el índice general de precios sufrió un incremento del 9,8 por 100 frente al 3,8 de 1973— hace que el desarrollo en las cla-

ses populares adquiera un signo inverso: a más riqueza por arriba, más miseria por abajo. La congelación de salarios es la respuesta que siempre tiene a mano el Estado para hacer frente a cualquier eventualidad inflacionista. Y si esta congelación produce descontento, entra en funcionamiento la represión.

En la represión participan por igual las "fuerzas del orden" y la patronal. Como ejemplo del grado de perfección a que llega este entendimiento, reproduciré extractos de un cuestionario enviado a los industriales paulistas por la Policía Militar brasileña y reproducido en las páginas del diario argentino "Noticias". El cuestionario consta de sesenta preguntas. Tras pedir informes sobre la clasificación de la empresa, el tipo de producción, número de empleados, etcétera, se aborda el tema principal del formulario: "25. ¿Hay líderes (naturales) entre los empleados? 26. Número, dirección y función en la empresa. 27. ¿Hay elementos instigadores de la huelga? 28. Organizaciones obreras existentes en la empresa. 32. ¿Posee la empresa un departamento de seguridad? 45. ¿Estaría la empresa en condiciones de alojar tropas?". El cuestionario concluye con el siguiente colofón: "Todas las informaciones son secretas y no serán en ningún caso divulgadas. Servirán de base para un estudio que emprende el Estado Mayor del 9.º Batallón de la Policía Militar".

Toda precaución es poca para evitar problemas. Sao Paulo tiene unos de los cinturones industriales más importantes del mundo, y la gigantesca concentración obrera resultante hace prever futuros disturbios. Pero no son sólo los obreros los destinatarios de esta "protección policial". La represión se extiende a todos los sectores populares. Desde 1964 —año del golpe— se ha intentado decapitar de un modo sistemático las organizaciones obreras, campesinas y estudiantiles. Las armas utilizadas son las mismas de toda dictadura fascista: la tortura, el asesinato, la creación de organizaciones parapoliciales —los siniestros Escuadrones de la Muerte—, la prisión, el exilio o la repentina desaparición de militantes. Quizá lo que diferencia a los militares brasileños de otras dictaduras del mismo signo es la perfección a la que han llegado en su sistema represivo, como lo prueba el cuestionario reproducido anteriormente.

Pero la represión no es suficiente. Las tensiones sociales son fuertes y hay que buscar medios de integración ideológica. Aquí entra en juego la propaganda. La radio, la prensa y la televisión rivalizan en un continuo martilleo sobre la futura grandeza del Brasil (sin comprender que para conseguir esta misma grandeza es requisito

indispensable la independencia política). El mito del gran potencial económico del país, la fábula del león aletargado durante siglos que por fin se despierta y comienza a mostrar sus fauces, las gigantes obras públicas —en especial, la construcción de carreteras a través de la selva— y la colonización de zonas despobladas, son otros tantos elementos de una propaganda destinada a enraizar en el pueblo la ideología desarrollista y expansionista de Sao Paulo. Objetivo que se consigue en amplios sectores de la clase media, pero que difícilmente puede extenderse a las clases populares. Para éstas las computadoras han inventado otra medicina. O mejor: han aplicado con una eficacia increíble medicinas utilizadas en todas partes, y que tienen como denominador común servir de válvulas de escape a las tensiones, a la explotación y a la miseria. En una circular enviada por el Gobierno a los Gobernadores de los Estados, se les recomienda promover todo tipo de fiestas populares, espectáculos deportivos y manifestaciones del rico folklore brasileño. El fútbol triunfalista y el carnaval serían, desde esta perspectiva, formas de evasión magistralmente manipuladas por el Gobierno.

Aun cuando la ideología expansionista no se ha enraizado en los sectores populares, ha tenido ya efectos materiales fulminantes. Brasil ha participado activamente en los golpes militares de Chile, Uruguay y Bolivia. En Uruguay, y con ocasión de una gran manifestación de protesta contra la dictadura recién instalada, se oyeron entre las fuerzas de la represión voces de mando en portugués. Pero la penetración no es tan sólo política. El departamento de Pando, en el Norte boliviano, está sufriendo una verdadera invasión demográfica brasileña, lo que hace temer hipotéticas reivindicaciones territoriales (recuérdese que así se gestó la anexión de gran parte del territorio mexicano a los Estados Unidos). Al Este, en el departamento de Santa Cruz, hay una inversión masiva de capital brasileño. Lo mismo ocurre en Uruguay y Paraguay. Y así se gesta la aparente paradoja: mientras Brasil gira alrededor de los Estados Unidos, una constelación de Estados gira alrededor del Brasil. Paradoja que deja de serlo cuando se accede a un nuevo nivel de lo real: Brasil es, hoy, el medio del que se vale el capitalismo occidental —y el imperialismo— para penetrar en el Cono Sur. ¿Una potencia imperialista en ciernes? Quizá. Pero sería mejor enunciarlo de otra forma: más que potencia imperialista, el Brasil está llamado a jugar el papel de gendarme del imperialismo en América del Sur. El que llegue a jugarlo o no depende en última instancia del pueblo brasileño. ■ C. T.